

## LA PAMPA Y LOS PORTEÑOS EN LA RECIENTE INTERPRETACIÓN ARGENTINA

LA LITERATURA es parte inseparable de la civilización criolla rioplatense, la cual es muy diferente de la civilización mestiza de Hispanoamérica. Para poder interpretar el fenómeno socio-cultural argentino, reflejado en sus letras, hay que acudir a las fuentes responsables de la estructuración de la idiosincrasia argentina. Es un tópico que atrajo la curiosidad de algunos observadores extranjeros y también en los últimos treinta años avivó la atención de varios ensayistas argentinos. Entre los que visitaron la Argentina y escribieron sobre ella en la primera mitad del siglo xx cítase al norteamericano Waldo Frank, al alemán Keyserling y al español Ortega y Gasset. Sobresale entre los observadores más agudos y penetrantes la acreditada pluma de Ortega, quien estuvo varias veces en la Argentina y dejó constancia de sus meditaciones en *Intimidades* (1929), ensayo que forma parte de *El Espectador*.

Las observaciones argentinas de Ortega tienen carácter filosófico y sociológico. Se caracterizan por su rectitud y derroche de buen criterio. Ortega habla de Buenos Aires como de una ciudad áspera y de la vida criolla como de un muñón. Describe la anomalía de su estadio a grandes rasgos. Argentina, dice, es una factoría o sea emporio, habitado por una sociedad dividida en dos partes: un núcleo nacionalizado y, en torno a él, una periferia de la reciente emigración no argentinizada. Estos dos componentes se hallan en muy distinto estadio de evolución. El inmigrante europeo a quien Ortega llama "hombre abstracto", domina sobre el criollo-nativo llamado por él "hombre histórico". La Historia no ha dado tiempo a la tierra para digerir aquel aluvión atlántico, por lo cual la Argentina había de sufrir por más años de esta histórica indigestión del ajuste social. Esta dualidad del cuerpo colectivo no cesará hasta que la Argentina deje de ser tal emporio para convertirse en una nación como las demás con más definida personalidad socio-cultural.

Ortega nota en la idiosincrasia de los argentinos los siguientes rasgos: el dualismo de alma (lo que les impide comunicar su pensamiento directo y les resta la cordialidad social) y la bravura ante el destino que no parecen querer asumir, aunque aceptan sufrirlo. Contrastan ellos en esto con los europeos, que se entregan a la vida y al destino, y hacen del destino su vida misma, considerándolo como meta. Los argentinos están

admirablemente dotados de individualismo, porque no se entregan a nada y menos al servicio de cosa distinta a ellos. Si bien son egocéntricos, no son egoístas, porque de otra manera Ortega no podría explicar los adelantos logrados por Argentina en más de un siglo. El argentino típico vive entregado, no a una realidad sino a una imagen de sí mismo. Mirándose siempre reflejado en su propia imaginación, se hace narcisista y vanidoso. Como ilustración del narcisismo argentino, Ortega señala a Martín Fierro, quien en su monólogo habla con su imagen y se queja de que los demás no la reconozcan. Ortega llega a afirmar que casi todo joven argentino se ve a sí mismo como un posible gran escritor.

Entre los rasgos positivos Ortega señala la elasticidad, frescura e ímpetu como propios de toda juventud zoológica en el sentido social. Ello explica el interés argentino por el mundo exterior, su inquietud y curiosidad universal. Hace hincapié de su dinamismo por cuya razón profetiza para la Argentina "una posibilidad de alta historia y óptima humanidad". Lo esencial de la vida argentina Ortega lo ve en presentarse como nación promesa. No aplica, sin embargo, esta promesa a la pampa cuya inmensidad le abrumba pero no le conmueve espiritualmente, por ser despoblada y donde no pasa nada que pueda ser interesante. No obstante el filósofo español incluye en sus reflexiones pamperas las ideas esperanzadas de los argentinos respecto al gran futuro de la pampa. Identifica estos anhelos con la forma de existencia del argentino que él llama "futurismo concreto", nutriéndose éste de sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad. Este rasgo es un importante punto en las meditaciones ortegianas, ya que lo extiende al análisis de la personalidad general argentina.

Según Ortega, este futurismo no es un ideal común o una utopía colectiva, sino un extraño estado psicológico individual. Es una proyección hacia el futuro imaginario, una especie de mezcla de lo real con lo abstracto. Emanada de la falta de seguridad interna, ya que "el alma criolla está llena de promesas heridas y sufre radicalmente de un divino descontento". Otro rasgo observado es el hermetismo de alma que se contrapone a la exteriorización íntima del argentino. La inseguridad interna lo inclina a adoptar un gesto convencional para convencerse a sí mismo y también tratar de convencer a los demás de lo que no es. La palabra y el gesto le sirven sólo para el uso externo. Es una máscara originada en la falta de autenticidad. El bonaerense está siempre a la defensiva, por lo cual Ortega dice que "esa preocupación defensiva frena y paraliza su ser espontáneo y deja sólo en pie su persona convencional". Una relativa justificación para esta situación defensiva se halla

en el constante peligro de los apetitos ajenos en torno a su riqueza, posición social o rango público.

Este dualismo psíquico Ortega lo atribuye, en parte, a las recientes raíces formativas de la sociedad argentina, que vive bajo la presión de la inmigración, cuya exclusiva mira es hacer fortuna y con cuyo dinamismo tienen que enfrentarse los criollos nativos. Otra causa de tal conducta obedece, según él, a la intervención excesiva y al autoritarismo del Estado, separado por completo de la espontaneidad social. El resultado de tales condiciones estriba en que el individuo argentino despliega un doble papel: como persona auténtica para sí mismo y como figura social con artificiales rasgos exteriores. Según Ortega, la estructura pública de la Argentina fomenta ese dualismo del alma individual. Esto, a su vez, explica el desequilibrio entre la realidad social argentina y su idea del Estado que no corresponde a esta realidad. Ortega considera, sin embargo, la idea del Estado como muy avanzada, aun cuando supere al pueblo argentino como nación incipiente.

Intencionalmente o no, Ortega no distingue entre los porteños y los provincianos, aunque es bien sabido que sus observaciones abarcan principalmente a los bonaerenses a quienes conoció mejor. Apenas menciona a los pamperos. El análisis ortegiano es sagaz pero incompleto. Sin embargo, por haber tocado problemas fundamentales, impulsó a algunos ensayistas argentinos a examinar más a fondo el laberinto de la mentalidad y conducta social rioplatenses. El respeto que Ortega otorgó a la madurez política de la Argentina no fue, empero, compartido por todos los seguidores argentinos de sus planteamientos, aun cuando éstos aceptaran, en varios grados, su sobrio juicio sobre la disyunción socio-psicológica de la sociedad criolla.

Cronológicamente los más cercanos a Ortega son el porteño Scalabrini Ortiz y el provinciano Martínez Estrada. Sus obras pioneras sobre la personalidad argentina abrieron la brecha para semejantes ensayos posteriores de Mallea, Sobrelí, Mafud, Sábato, Matteis, Kusch y otros.

Raúl Scalabrini Ortiz dedica su obra *El hombre que está solo y espera* (1931) exclusivamente a la vida y personalidad porteñas, que discute a través de sus altibajos con evidente sinceridad. En estilo vivo y periodístico, describe al hombre medio de las calles Corrientes y Esmeralda en la capital argentina, a quien llama Adán Buenos Aires. Entre paréntesis hay que señalar aquí que con ese título apareció en 1966 una novela porteña del poeta Leopoldo Marechal. El hombre de Scalabrini Ortiz no es un intelectual, sino individuo de la clase pequeño-burguesa, de mentalidad sencilla y casi sin ambiciones económicas. La

gran metrópoli le es hostil. El conglomerado cosmopolita al cual ya se acostumbró, no obstante, le es todavía algo ajeno, lo que no le permite asentar su propia personalidad. Tampoco se puede esperar de él espíritu comunitario o conciencia nacional.

Según Scalabrino Ortiz, el porteño es una combinación química de las razas que alimentan su nacimiento. Es "una gota de agua, incolora, inodora e insípida, que brota en el fondo del tubo de ensayo o que el cielo envía para que la tierra fructifique". Su amalgama étnica aunque dentro del marco criollo, así como el ambiente físico que le rodea, son responsables de una mentalidad peculiar, la cual le impulsa a una actuación cautelosa y artificial. La morosidad y el escepticismo se mezclan con ansiedad por algo desconocido y esperanzado, que él no entiende. La soledad y el miedo del aislamiento social, le empujan a mantener amistad, que el porteño estima más que el dinero, siendo ésta uno de sus sentimientos quizá más espontáneos. Contraria a la amistad europea que se expresa en el intercambio, la amistad porteña es un juego más egocéntrico porque le permite olvidarse del egoísmo y le saca del olvido personal de la muchedumbre metropolitana. Él odia la soledad y así no tiene que estar solo... Respeta más la clase social que al individuo.

Scalabrini Ortiz no niega al porteño cierto grado de ingeniosidad, pero no en el sentido intelectual sino más bien en el de "viveza". Ésta le permite manejar sus asuntos a través de un "individualismo intrépido, que afrenta la fatalidad con desuelto ademán, que no reconoce lindes a su independencia, que atropella y desquicia todos los principios de la sociedad europea, que derrocha su acopio vital en futesas y pasatiempos sin utilidad material, hiendo un abismo entre el padre y el hijo". La morosidad embota sus facultades intelectuales. No es hombre de entendimientos fatigosos, no lee, no es hombre de preparativos, sino de intuiciones súbitas. No es ambicioso y por eso no siente la necesidad de estrujar su espontaneidad, lo que sería contrario a su pensamiento cerrado y a su carácter casi taciturno. Es un ser resignado, porque no cree en nada y nadie, encerrado en sí mismo como en una cueva. Es malhumorado pero no severo y casi irresponsable. Es resentido. No pide nada para no conceder nada. Y sin embargo, a despecho de sus moderados apetitos mundanos, su mayor placer es pasar el día con yerba para el mate y bife en el plato, en la charla entre amigos.

En relación a los forasteros el hombre de Corrientes y Esmeralda ostenta una extraña actitud, que se reduce a tres palabras: "No te metas". Scalabrini Ortiz la señala como una verdadera pauta de la idiosincrasia porteña, explicando que no se trata tanto de la intervención

en los asuntos personales como en los que es privilegio del Estado. Esto parece indicar la pasividad del porteño en los asuntos políticos, aun cuando los discuta al par que otros problemas en la esquina o en el café preferido. Tanto el café como el encuentro en la esquina tienen rango de instituciones en la vida porteña, sirviendo de pasatiempo como en otros países hispanos. El porteño no quiere juzgar con los hombres: aprueba o desaprueba los actos, no los actores. Esto, a nuestro parecer, distingue al porteño bonaerense de los demás hispanoamericanos quienes con desenfado censuran a sus gobernantes. Al hombre gris de la calle porteña no le interesan ni los programas ni la palabrería política que raras veces se cumplan. Él palpita los acontecimientos y espera igual prurito de sus diirgentes. Así, el "pálpito" es el único piloto fehaciente en el caos de la vida porteña y la única virtud cuya posesión premia el hombre porteño. No piensa, siente. Aborrece el trabajo, porque éste le quita tiempo para ocuparse de sí mismo. Es triste e inseguro y esto le impulsa a contemplar, aunque por naturaleza no es contemplativo. Se lo impide la moral europea, todavía vigente en la ciudad, que censura la inacción y negligencia. Su mirada es una cáscara de encanallamiento en que se guarece.

A su parecer, la vida de la ciudad avanza de azar en azar, entre eventos inesperados a los cuales se rinde con fatalidad. "La tradición, el progreso, la Humanidad, la familia y la honra ya son pamplinas, que en el sentimiento del hombre porteño no sirven y por eso se ríe de ellos." Es destructor de espejismos. Tiene los rasgos del hombre de la pampa: es ocioso, taciturno, sufrido y altanero. Scalabrini Ortiz dice que "Buenos Aires se hizo nuevamente la capital del campo", lo que posiblemente indica que alrededor de 1930 o antes hubo una gran inmigración de pamperos a la capital federal, hasta tal grado que saturaron con su idiosincrasia la fisonomía del ambiente porteño. Ha sido un caso de proletarización social.

Desde luego, los rasgos de los porteños medios no se los puede aplicar a los intelectuales porteños y provincianos, inteligentes, corteses y pulidos, que están encima de la muchedumbre. Según Scalabrini Ortiz, lo esencial de la vida porteña es una incorporeidad recubierta y tejida en órdenes europeos. Esto concierne más que todo con la vida cultural. El autor caracteriza al intelectual porteño así:

Escindido del pueblo de donde salió, el ambicioso se encastilla en su propia ambición. Destila en sus gabinetes, no la tosca verdad de todos los días, sino la alquitarada materia que extrae de sus libros europeos.

Scalabrini Ortiz se queja que, con excepción de escasos ensayos, los escritores porteños no se ocupan de la realidad argentina, sino que consideran la literatura como "vana nube de palabras". Esto lo califica como una especie de apostasía intelectual. El autor no deja de mencionar, empero, que en los escritores nuevos hay ya una unción en que lo porteño está presente. Indudablemente se refiere a la renovadora "generación del 22". La observación más amarga de Scalabrini Ortiz es, sin embargo, que "el escritor, en general, no escucha el espíritu de su tierra". Semejante censura la aplica a todos los porteños por carecer del sentido telúrico, el cual califica como debilidad argentina. En esto Scalabrini Ortiz coincide con Ortega, quien también notó poca argentinidad en las letras argentinas, pero mucha vanidad, ardiente lirismo y frenético idealismo. Como porteño, Scalabrini Ortiz encara la complejidad de la vida porteña con valor y agudeza. Sin embargo, no enfatiza la viveza criolla de tal manera como lo hacen Martínez Estrada y, sobre todo, Mafud.

Ezequiel Martínez Estrada, el culto ensayista provinciano, es más universal y también más apasionado que Scalabrini Ortiz. Preocupado por el futuro de su patria, hace un riguroso examen de la problemática argentina a través de sus obras *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliat* (1940) cuyo subtítulo es "Microscopía de Buenos Aires". Es una dramática presentación de la realidad rioplatense, que combina historia con sociología y ecología con psicología, fundiéndolas en una cosmovisión muy única. La tesis de Martínez Estrada es mostrar el desorbitado crecimiento de Buenos Aires que centraliza el poder político-administrativo y acapara los negocios que resultan de la riqueza del interior, contrastándolo con el trágico empobrecimiento económico-cultural de las provincias argentinas. Por tal causa, Martínez Estrada compara la capital federal con la cabeza de Goliat y con el monstruoso pulpo que estrangula al interior como a su débil víctima. Por consecuencia, su enjuiciamiento de la estructura político-social de la Argentina es severo y amargo, tanto más cuanto se basa en la desafortunada distribución demográfica; ya que la mitad de la población argentina está concentrada en la provincia de Buenos Aires, mientras que la otra mitad está en el extenso interior, sólo parcialmente explotado.

Como hombre del interior, Martínez Estrada es un excelente intérprete de la pampa, cuyas características son a veces demasiado idealizadas en la literatura gauchesca. Según él, las fuerzas telúricas que emanan de la pampa no inspiran positivamente a sus habitantes. Estas fuerzas ocultas esclavizan y entorpecen al hombre por su soledad, inmensidad, monotonía y dispersión. Le hacen perder la voluntad, do-

minan su voz, aplastan su mirada y el vacío físico de la llanura se transforma en el vacío psíquico humano. "El hombre de la pampa tiene una concepción restringida del mundo, siendo cautivo en la jaula de su horizonte." Las primitivas fuerzas de la naturaleza contagian su pensamiento y conducta. El aislamiento le convierte en un ser extraño. El hombre trabaja la tierra para vivir, pero no la ama. Lo hace con sacrificio. La ilusión de esperanzas le enajena de ella. No se siente dichoso y por eso pierde el sentido telúrico. Se hace sombrío y taciturno, como su ambiente. Luchando contra él, "el hombre de la pampa adquiere las condiciones de inestabilidad e inseguridad, que por reflejo trasmite al medio que le rodea". No es extraña, pues, la afirmación de Martínez Estrada, que "la ilusión de la campaña y la poética del oro perdió su fuerza hipnótica y repele al inmigrante". Esto, a nuestro ver, explica el frecuente éxodo de los pamperos a las ciudades y su infiltración idiosincrática en la población porteña, donde también el sentido telúrico es débil o casi no existente, como lo hacen constar serios escritores argentinos. En vista de tales circunstancias, me pregunto ¿cómo se puede explicar la líricamente grandiosa presentación de la pampa de los autores gauchescos, desde Hernández hasta Güiraldes? No cabe duda que la llanura tiene su encanto que subyugó a los gauchos y fascinó aún más a algunos escritores. No hay que olvidar, empero, que la pampa fue no sólo hogar para los gauchos sino también su refugio ante la justicia y civilización, que se oponían a la barbarie gauchesca. Lo confirma la misma literatura gauchesca que es la contribución más original del Plata a las letras hispánicas, al igual que el Modernismo, la novela de la Revolución Mexicana y la narrativa indígena.

Sin embargo, la preocupación más seria de Martínez Estrada no es la pampa, sino la profunda diferencia que existe entre Buenos Aires y el interior argentino, es decir, entre los porteños y los provincianos. La atribuye al proceso histórico-psicológico en la formación del Estado. Dice que antaño no hubo dos partidos políticos sino dos países: Buenos Aires de los unitarios y las provincias de los federales. En esta lucha rivalizadora, la ciudad-nación venció a la provincia-república, imposibilitando, por el monstruoso crecimiento de Buenos Aires, la verdadera federación, unión y progreso. Desprendido de postura metafísica, Martínez Estrada concluye su análisis de este modo:

La historia de las asonadas, de los odios regionales, de las malversaciones, o de la persecución sistemática al intelectual de cepa, el desprecio a lo que no está orientado en la dirección de la fortuna pecuniaria, la hegemonía del ejército como única institución de orden y de poder, el some-

timiento de la enseñanza a la política, demuestran que a través de un siglo se cierra un paréntesis y que la historia recobra su curso regular”,

es decir, igual que a la época de Rosas.

Oponiéndose a la preponderancia exclusivista de Buenos Aires, Martínez Estrada dice que “cada rascacielos que se alza en la metrópoli hace más pobre, más ignorante, más improductivo el pedazo de tierra alejado en las provincias”. El interior argentino no le atrae al argentino, como en el pasado, porque este interior ya está purgado de ilusiones: es el trabajo, la enfermedad, la ignorancia y el olvido. Para el porteño, mirar al interior es mirar hacia afuera: al exterior. Interior para él es Europa. Es la misma tesis de Ortega, Scalabrino Ortiz y Mafud. Martínez Estrada nota la influencia de la inmigración extranjera en la estructura demográfica argentina. Sin embargo, atribuye a muchos porteños la mentalidad de conducta campestre, que nota en la chatura, táctica y métodos de valor dudoso llevados por ellos de la llanura. A nuestro ver, es una afirmación del fusionismo idiosincrático porteño-provinciano dentro de la compleja idiosincrasia criolla.

Según Martínez Estrada, otros rasgos de los porteños son: la tristeza, la epidemia de la soledad, la anonimidad humana, el miedo a la vida, el cosmopolitismo y la falta de realidad. Como enfermedades porteñas considera: la ambición excesiva, la titulomanía, el odio, la astucia del avergonzado, el snobismo, el coraje y el temor, el mimetismo y la abyección. Los porteños hacen juego de la razón y la justicia, mientras que la dignidad no se puede encontrar en la ciudad, porque el Estado ya la ha quitado. Similarmente, por su política arbitraria, el Estado había destrozado las divinidades de la sangre y la fe de sus ciudadanos y se ha puesto en su lugar. Todos los porteños hacen la misma cosa: agrandan la ciudad. El tono mayor de Buenos Aires es su tradicional espíritu mercantil. Como otros observadores de la realidad porteña, Martínez Estrada subraya la importancia de los cafés que permiten cultivar las relaciones sociales. No cabe duda que el autor fue movido por cierto idealismo político-social, por lo cual su valoración de la realidad argentina no es alentadora. Por otro lado, no se le puede negar veracidad a las observaciones con respecto a lo que no está ausente.

Lo afirma Eduardo Mallea, que en su ensayo estético *Historia de una pasión argentina* (1937), también señala la falta de armonía entre el sector urbano y el rural. Por eso, divide la Argentina en la visible y la invisible; la primera, ganadora, la segunda, sufrida. Tanto en ésta como en aquélla deplora la falta de conciencia. Aun cuando vea pro-



greso material argentino, casi no lo percibe en la cultura nacional. Censura a los hombres que rigen la vida pública y académica, clasificándolos de mediocres, torpes, triviales, plebeyos e individualistas más que a los hombres de la incipiente hora histórica. Según Mallea, son la vaga encarnación de los vagos "ideales". Dice que en la Argentina "se ha trabajado sin ensueño creador, sin vida: vegetativa, telúricamente, con la obsesión del trueque inmediato". Más para fines utilitarios que humanísticos o humanitarios. Mallea culpa tal estado de cosas a la gran palabrería de algunos y a un gran silencio de otros. Empero, confía en que de este silencio van a surgir las diferentes conciencias argentinas: la conciencia moral, la conciencia histórica, la conciencia intelectual y la conciencia humana. En su sensibilidad intelectual, Mallea no puede todavía concebir una "literatura nacional" sin "nacionalismo", ya que éste no existe sin conciencia histórica. Esta lógica deducción del autor indudablemente choca con las declaraciones sustentadas por los porteños: "Estamos llenos de cosas, somos ricos de todo; somos mejores que nadie."

Mallea admira la cultura europea, pero no la imita ciegamente como la mayoría de los escritores argentinos, llamados por tal razón "europeizantes". Su ensayo es una especie de autobiografía intelectual, entretijada con profundas meditaciones sobre la Argentina, hechas desde la perspectiva universal. El autor es un provinciano aporteñado, con un fervor humanista y patriótico intachable, por lo cual se le puede calificar como argentino cabal. Debido a tales rasgos, Mallea se siente espiritualmente desterrado en su país, aun cuando afirme que "Desterrados, los argentinos, lo somos todos. Desterrados del espíritu, desterrados de la civilización de que vivimos, etc.". Sus observaciones son penetrantes, pero parece que su postura es algo mística en el deseo de ver los problemas nacionales menos complejos que realmente son. Su intención es contribuir a crear la imagen de una Argentina nueva, más adelantada, más auténtica y más feliz.

Mallea y Martínez Estrada al igual que antes Sarmiento, debido a su apogeo telúrico cuya carencia notan en el pueblo del Plata, están identificados con Argentina en el sentido nacional. Otro autor, cuya obra refleja interés por la idiosincrasia nacional, es Julio Mafud. En sus obras *El desarraigo argentino* (1959) y *Psicología de la viveza criolla* (1965) hace una análisis de la mentalidad y conducta social rioplatenses más detallado que los antes mencionados ensayistas, cuya obra conoce y cita. Mafud pertenece a la nueva promoción literaria de "Los enojados" (1950-1965) y de acuerdo con su revisionismo ideológico, echa nueva luz a los viejos problemas de la historia intelectual argen-

tina. La ventaja de su investigación es que expone la complejidad emotiva en el proceso mental-formativo del ser argentino con franqueza, aunque no faltan también especulaciones intuitivas.

Como sociólogo, Mafud considera la problemática argentina desde el punto de vista global, por lo cual no separa a los porteños de los provincianos. Los considera un conjunto étnico con muchos rasgos comunes, aunque reconoce el origen localista de sus peculiaridades idiosincráticas. Debido a la histórica complejidad dentro del proceso formativo de la personalidad argentina, Mafud encuentra, empero, dificultades en estudiar el ser argentino como ser nacional. El obstáculo principal se halla en el desarraigo social que resultó del choque humano entre dos fases formativas de la comunidad rioplatense. De un lado había indios y gauchos, mientras que del otro, había inmigrantes europeos que desde 1880 siguen reforzando la población argentina. Ninguno de estos grupos sociales quiso aceptar el modo de vivir del otro, tampoco había algún grado significativo del mestizaje histórico.

Según Mafud, hubo tres factores que contribuyeron a la formación psicológica de la personalidad argentina y en varios grados todavía latentes en su conducta social: los indios, los gauchos, y el aluvión inmigratorio con su influencia europeísta. Cada cual produjo su propio estilo de vida incompatible al otro. Mafud afirma que el estilo de vida europeísta impuesto artificialmente, había amputado la influencia arraigadora que tenían los anteriores estilos de vida, es decir, los de los indígenas y de los gauchos. Lo sorprendente de esta tesis sociológica es la amputación europea de las influencias arraigadoras indígeno-gauchescas del espectro civilizador argentino. Según constatan los hechos históricos, los indios, en su mayoría nómadas, fueron aniquilados por el ejército criollo argentino con la cooperación de los gauchos antes o en el momento de empezar el aluvión inmigratorio, así que la raíz indígena como inaceptable fue rechazada por los mismos criollos-nativos. Sin embargo, hay que aceptar la segunda parte de la tesis de Mafud, que debido al ímpetu de los inmigrantes, en su mayoría mediterráneos, los gauchos libres fueron reducidos a peones y jornaleros de las estancias o haciendas.

Como los gauchos y los porteños eran criollos, es lógico que aquel aluvión inmigratorio los afectara étnicamente, debilitando a la vez los lazos culturales entre la Argentina y España. Éstos se habían diluido desde entonces en el creciente cosmopolitismo social rioplatense. A propósito de la tesis de Mafud, hay que preguntar, ¿qué influencias arraigadoras podía esperar la incipiente cultura argentina de los gauchos vagabundos con sus rasgos antisociales? ¿Acaso pensara Mafud en las raíces

terribles indio-gauchescas como en una posible inyección telúrica para la mentalidad argentina de entonces? Sea lo que fuere, hay que reconocer los fuertes ecos que los gauchos dejaron en la literatura argentina como recuerdos de su civilización fronteriza. Quizá el único rasgo emotivo que sobrevivió de aquella época es el *martinfierrismo* como expresión de la rebeldía espiritual y soledad, ya que todavía nutre unos conceptos literarios argentinos y se refleja también en la postura sociopolítica de los uruguayos.

Mafud traza el origen del desarraigo argentino a la ocupación de tierras, responsable del choque psicológico, que también ocurrió en la capital. Se expresaba en la nostalgia de los inmigrantes por su tierra natal y en la de los criollos por el pasado desaparecido. En Buenos Aires, bajo el impacto inmigratorio, surgió la alienación entre los nuevos y los viejos habitantes de la metrópoli, estableciendo un nuevo estilo de vida. Fue entonces cuando apareció la *viveza criolla* como reacción de los criollos contra los más emprendedores inmigrantes europeos. Resultó del sentido inferior y antieconómico criollos y como su arma ofensiva. La *viveza* consiste en aprovecharse por medio del engaño y burlas al forastero por un "vivo" quien emplea todas las facultades de su ingenio. Este "vivo" no es, sin embargo, un pícaro de tipo español que sirve a varios amos y amparado de ellos, se satisface con cualquier cosa. Es un hombre egotista y sin escrúpulos, cuyas ambiciones heridas, ansiedad económica y apetitos disimulados le impulsan a cualquier violación, siempre a la sombra de bien disfrazadas intenciones. La *viveza criolla* es degradación de valores, que debido a su perversión moral es ahora irónicamente considerada como sinónimo de hombría, de virilidad y de machismo. Como reacción en cadena, la *viveza* fue adoptada por los inmigrantes, sirviéndoles como la mejor forma de acriollarse. Se convirtió ya en un vicio colectivo.

A través de un escrupuloso examen sociológico, Mafud señala los siguientes factores que contribuyen al desarraigo argentino: el individualismo antisocial expresado en el "yoísmo", la falta de tradición (después de haberse rechazado la tradición indígena y gaucha, se repelió también la española), el utopismo ideológico como consecuencia del carecimiento del coordinado proceso de continuidad, incapacidad argentina de gobernarse, la ausencia de la integración social estructurada, lo que explica la existencia de la marginidad de masas, el choque entre el criollo pasivo y el inmigrante activo, y la falta de aglutinación psicológica. Debido a la estructura étnica de sello blanco, desde luego, no se puede hablar hoy sino de un conjunto social criollo, que se extiende a las masas argentinas.

A nuestro ver, Argentina es un "crisol étnico" relativamente joven y como tal necesita más tiempo para afianzar su potencial colectivo. Dentro de su compleja personalidad hay rasgos que son promisorios como la creatividad individual, el culto de la amistad, la tendencia a la improvisación, el culto al coraje y la inclinación de estar siempre al lado del perseguido y del caído. De una u otra forma estos rasgos balancean el desarraigo y la indiferencia social, el débil espíritu comunitario, la constante ansiedad económica, la excesiva politización y el mimetismo europeísta en lo cultural y costumbrista. Sin embargo, estos elementos no han permitido todavía forjar el espíritu nacional en lo social y cultural, poniendo la civilización argentina en el precario estado de una civilización marginal, si se la compara con las civilizaciones mestizas de Hispanoamérica. Parece muy acertada la afirmación de Mafud que "la Argentina es el país de mayor estándar de vida hispanoamericana, pero uno de los países más desarraigados del continente".

EDMUND STEPHEN URBANSKI

*Howard University*  
Washington, D. C.